

# PARIS EN AMÉRICA

## POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE.

PARISIENSE

De la Sociedad de los pecheros de Francia y de los administrados de París.

De las Sociedades filadélfica y filarmónica de Alisia y de Alaisa, etc.; de la Real Academia de los tontos de guisado;

Pastore nel'Arcadia in Brenta [detto Melibeo P'Intronato;]

Miembro de la alta y baja Cámara de los Tontos—Miembro de la imperial y real academia de los simplices en la aldea de los Gansos.

Miembro del Club Tarleton, en Coventry,  
F. R. F. S. M. A. D. D., &ª.

Comendador de la Orden gran ducal DELLA CIVETTA.—Caballero del mirlo blanco (LXXXIXª clase), con placa. &a. &a.

ÆGRI SOMNIA.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10ª edición francesa.

### AL LECTOR.

AMIGO LECTOR:

Te ofrezco este librito, escrito para tu entretenimiento y el mio. No lo dedico ni á la fortuna ni á la gloria. La fortuna es una muchacha que hace seis mil años va corriendo tras de los mancebos: la gloria es una vivandera que no gusta sinó de los soldados. Yo soy viejo, no he muerto á nadie, así es que no deseo mas que buscar la verdad á mi guisa y solo decirla á mi modo. Si no tengo toda la gravedad de un buey, de un ganso, ó de un . . . (elije el nombre que te plazca), perdóname.

Los primeros actos de la vida nos hacen llorar muy á menudo para que no sea permitido reir ántes que caiga el telon; y cuando uno ha perdido sus ilusiones de veinte años no toma á lo serio ni la comedia ni á los comediantes.

Si este librito te agrada, bien está; si te escandaliza, mejor; si lo arrojas, haces mal; si lo comprendes, sabes mas que Maquiavelo.—Haz de él el brevariario de tus horas perdidas, que no lo sentirás: *Non est hic piscis omnium*. Las paradojas de la víspera son las verdades del dia siguiente. Al buen entendedor salud!

Un dia tal vez, á la luz de mi linterna, tu verás toda la fealdad de los ídolos que adoras hoy: puede ser tambien que mas allá de la sombra menguante, percibas en todo el encanto de su sonrisa inmortal, á la Libertad, hija del Evangelio, hermana de la justicia y de la piedad, madre de la igualdad, de la abundancia y de la paz. Ese dia, lector amigo, no dejes que se estinga la antorcha que te confio; alumbrá, alumbrá á esa juventud que ya nos estrecha y nos empuja pidiéndonos que le indiquemos el camino del porvenir. Que ella sea mas loca que sus padres, pero de otra manera, tales son mis votos y mis esperanzas.

Dicho esto, ruego á Dios que te libre de ignorantes y de necios, que en cuanto á los perversos, eso corre de tu cuenta. La vida es una lucha; has nacido soldado, defiéndete; ó mejor aún, toma á los americanos la antigua divisa de la Francia: *Adelante! Siempre y do quiera, adelante!*

Adios amigo.

RENE LEFEBVRE.

New Liberty (Virginia) julio 4 de 1862.

### CAPITULO I.

#### Un spirite americano.

“El Sr. Jonathan Dream, *Spirite y medium* trascendente de Salem (Massachussets,) invita á usted á la sesion *psychique* y *medianimica*, que dará el martes 1.º de Abril próximo, en su hotel calle de la Luna No. 33.

“Sonambulismo, éstasis, vision, prevision, profecia, segunda vista, vista á distancia, adivinacion, penetracion, sustraccion del pensamiento, evocaciones; conversacion, poesia, escritura estra-naturales; pensamientos de ultra tumba, arcanos de la vida futura manifestos, etc. etc.

*Puertas cerradas á las ocho precisas de la noche.*

—Muy bien! dije para mi, volviendo á leer esta carta; no me disgustará entablar relacion con un *medium* americano, un cólega en *pneumatologia positiva y experimental*; porque yo tambien soy *spirite*. Aunque sea un simple vecino [*bourgeois*] de Paris, ya he podido como cualquier otro evocar á César, Napoleón, Voltaire, Madame de Pompadour, Ninon, Robespierre, etc.; y aun si es preciso decirlo, por más que ello cueste á mi modestia, tan ilustres personajes no me han eclipsado con su jénio; todos me han respondido cual si yo los habiese so-plado. Veamos si el Sr. Jonathan Dream, con sus pre-

tensiones de Ultramar, tiene mas espíritu ó espíritus que este servidor de ustedes, Daniel Lefebvre, D. M. P. (doctor en medicina de Paris) discípulo de espiritismo del Sr. Hornung de Berlin, del Sr. Richembach y del baron de Guldeastubbe.

A *spirite*, *spirite* y medio.

Hallé al Sr. Jonathan Dream sentado delante de una mesa redonda, en un bello aposento, al fondo de un salon herméticamente cerrado pero resplandeciente de luz (lo que no es comun en nuestras reuniones *spirites*.) Tenia la mirada melancólica y el rostro inspirado de las sibilas. En frente de él se hallaban sentados una media docena de adeptos con aire recojido: personas nerviosas, mujeres no comprendidas, mayores ó viudas retiradas; el mismo público de siempre.

Cada uno escribió en un papel el nombre de los muertos á quienes queria interrogar: yo hice como todos.

Mezclados los nombres en un sombrero, el primero sacado fué el de José de Maistre: Jonathan se recojió un instante, se llevó la mano á la oreja, para escuchar la voz que le hablaba muy bajo, y escribió rápidamente lo que sigue:

“—No hay conocimiento estéril: todo conocimiento se parece al de que habla la Biblia: Adan conoció á Eva, y “ella dió á luz.

“—Sin *Credo* no hay crédito.”

—Vaya! dije para mí, he ahí unas paradojas que tienen buena traza; tienen toda la calaverada de su padre: me parece sin embargo que ya las he visto en alguna parte; en lo de Baader, si no me engaño. A mas de que, allá arriba no hay propiedad literaria, y para distraerse, es posible que se diviertan robándose ideas.

El segundo que vino fué Hipócrates, quien tuvo la atencion de hablar francés. Hé aquí lo que escribió su intérprete:

“El hombre que mas piensa es el que dijere menos. “Siendo por otra parte todas las cosas iguales, el que “piensa menos es el que dijere mejor.”

—Ay de mí! dijo una mujercita, cuyo flaco rostro desaparecia bajo las ondas de su cabello gris: esta es una respuesta de médico; una respuesta brutal, hecha por hombres y para hombres. No es el pensamiento lo que mina el corazon, es. . . . y suspiró.

Llamóse á *Nostradamus*. Preguntósele su opinion sobre el porvenir de Polonia, de Francia y de Italia. Véase la respuesta del gran adivino, sublime génio que deja siempre á los demás el cuidado de comprender lo que dice:

En Francia, Italia y Polonia,  
Mucho ingenio, vergüenza poca;  
En Polonia, Francia, Italia  
Viene el juicio despues de la insania;  
En Italia, Polonia y Francia  
Méno felicidad que esperanza.

Tuvimos que contentarnos con este oráculo demasiado profundo para ser claro.

Despues del agorero provenzal, vino el turno de Kosciusko.

Esa noche el Washington polaco estaba de mal humor y no se le pudo sacar mas que un mote latino, *In servitute dolor, in libertate labor*: en servidumbre dolor, en libertad labor. Tres veces se le interrogó, tres veces dió la misma respuesta seca y nos la arrojó al rostro como un reproche que ni aun sentíamos ya.

El último billete pedía que se interrogase á don Qui-

jote, á Tom Jones, á Robinson ó Werther, lo que hizo reir al cenáculo, aunque á decir verdad, pocas ganas habia para ello.

El autor de esta impertinencia, vergüenza me dá al confesarlo, era yo.

Muertos y vivos me fastidiaban hacia tanto tiempo que me habria alegrado al saber qué es lo que pasa en la cabeza de hombres que no han existido jamás.

Jonathan Dream arrojó al cesto el desventurado billete; anunció que la sesion estaba concluida y nos despidió con muchas cortesías. En el momento en que yo salia púsome la mano en el hombro rogándome que me quedase.

—Cólega, me dijo sonriendo de una manera singular así que estuvimos solos, usted ha sido quien me ha dirigido una pregunta que esos profanos juzgan indiscreta. Ciego, que no ha sondado nunca los arcanos de la eterna verdad! ¿se imagina usted que don Quijote y Sancho, Robinson y Vendredi, Werther y Carlota, Tom Jones y Sofía, no han vivido nunca? Cómo! el hombre no puede crear un átomo de materia y usted supone que puede crear por completo almas que no perecerán nunca? ¿Por ventura, no cree usted en D. Quijote mas que en todos los Artajerjes? ¿Acaso Robinson no es para usted un ser mas vivo que los Drake y los Magallanes?

—Qué! el ingenioso Don Quijote ha vivido? ¿Podria yo conversar con el sabio prefecto de la ínsula Barataria?

—Sin duda alguna. Comprenda usted pues lo que es el poeta. Es un vidente, un profeta, que se eleva hasta el mundo invisible. Allá, entre los millones de seres que han pasado sobre la tierra y cuyo recuerdo se ha perdido aquí abajo, escoje á los que quiere hacer revivir en la memoria de los hombres: los evoca, les habla, los escucha, escribe á su dictado. Lo que la necia humanidad toma por una invencion del artista, no es sinó la cenfesion de un muerto desconocido; pero usted *spirite* ó pretendido tal ¿cómo es que no reconoce una voz estra natural? ¿Cómo es que se deja usted engañar como la multitud? ¿Está usted pues, tan poco adelantado en las vias de la medianimidad?

Al hablar así Jonathan Dream echó la cabeza hácia atras, y ajitando los brazos, abriendo y cerrando las manos, se adelantó hácia mí, como para ahogarme con su fluido.

—Cólega, díjele, veo que usted es un hombre de espíritu aunque *spirite*; no dudo de que usted no pudiese escribirnos un pequeño discurso á la Don Quijote, ó improvisar algunos nuevos proverbios dignos de Sancho. Pero estamos solos, y ambos somos augures; tenemos el derecho de mirarnos y aun de reirnos al hacerlo. Quedémonos ahí; deseo á usted un feliz éxito. En Francia la cosa es cómoda. El pueblo que se cree ser el mas espiritual de la tierra, es el mas fácil de ser conducido por la nariz. Pregúntelo usted á las mujeres de Paris.

—Alto ahí! esclamó el májico en un tono furioso. ¿Me habré engañado? ¿Es usted un falso amigo? ¿Me toma usted por un charlatan, por un mistificador, por un saltimbanqui? Sepa usted que Jonathan Dream jamas dijo una palabra que no fuese verdad. Ah! duda usted de mi poder, señorito? Que prueba quiere usted de ello? Será necesario arrancarle á usted todas sus ideas, lo que no será difícil; será necesario adormecerlo,

hacerle pasar por el frío, el calor, el viento, la lluvia; será necesario....?

—Nada de magnetismo, díjale. Yo sé que ahí hay un fenómeno natural, mal conocido hasta lo presente y del cual usted abusa. Si usted quiere convencerme no empiece usted por adormecerme. No estamos en la Academia.

—Pues bien, dijo, fijando en mí sus ojos que arrojaban llamas: ¿qué diría usted si yo le trasportase á América?

—Yo? que quisiera verlo para creerlo.

—Sí, usted, exclamó, y no tan solamente usted, sino su mujer, sus hijos, sus vecinos, su casa, su calle y, si usted pronuncia una palabra, París entero. Sí, añadió, en una ajitación febril, si lo quiero, mañana por la mañana París estará en Massachussetts; no habrá ya á las márgenes del Sena mas que una llanura inhabitada.

—Mi querido brujo, usted debería haber vendido su secreto al señor prefecto del Sena. Esto quizás nos habría ahorrado algunos millones. Durante la ausencia de los parisienses, hubiéraseles hecho un París nuevecito, recto y monótono como Nueva York; un París sin pasado, sin monumentos, sin recuerdos; todos nuestros arquitectos y todos nuestros administradores se habrían sentido anonadados de gozo.

—Usted se chancea, dijo Jonathan; usted tiene miedo.... Se lo repito. Mañana, si yo lo quiero, París estará en el Massachussetts y Versalles con él. ¿Admite usted el desafío?

—Sí por cierto, admito; respondí riendo.

Y sin embargo la seguridad de este diablo de hombre me turbaba. Yo soy ducho en punto á fanfarronadas; leo veinte periódicos diariamente y he escuchado á mas de un ministro en la tribuna; pero esta voz de iluminado me imponía á mi pesar.

—Tome usted esta cajita, dijo el májico con un tono imperioso; ábrala, hé ahí dos píldoras; una para usted, la otra para mí. Escoja usted; no me interrogue.

Yo me habia adelantado demasiado para retroceder. Tragué uno de los glóbulos; Jonathan tomó el otro, y me saludó diciéndome con una voz cavernosa.

—Hasta mañana del otro lado del Océano.

Luego que estuve en la calle me hallé en un estado singular. Corrí de golpe á los Campos Eliseos, sin darme cuenta de la distancia. Sentíame mas vivaz, mas ligero, mas elástico de lo que lo fuera nunca ninguna criatura humana. Me parecia que saltando alcanzaria los cuernos de la luna que se alzaba en el horizonte.

Todos mis sentidos se habian tornado de una delicadeza increíble. De la plaza de la Concordia veia los carruajes que jiraban en torno del arco de la Estrella, oia el tic-tac del reloj de las Tullerías.

La vida corria en mis venas con desconocida rapidez y calor; y me preguntaba si alguna invisible mano me arrebatava ya mas allá del Atlántico. Para tranquilizarme, miraba la pálida media luna que subia lentamente en el cielo. Seguro de no haber cambiado de meridiano, entré en mi casa, avergonzado de mi credulidad, y me dormí riéndome del señor Dream y de sus tontas amenazas.

## CAPITULO II.

### ¿Es esto un sueño?

Durante la noche tuve un sueño.

Lo era en efecto? Jonathan sentado á mi cabecera, me miraba con aire burlon.

—Bien, pues, señor incrédulo, me dijo; como encuentra usted la travesía? No lo ha fatigado el viaje?

—El viaje? murmuré; no me he movido de mi cama.

—No; pero usted está en América. No se arroje usted de su cama como un loco. Aguarde á que le dé algunas instrucciones para que la sorpresa no le quite la vida. Desde luego he derribado su casa de usted. En un país libre no se vive en cuartel, confundidos unos con otros, sin reposo y sin dignidad. De cada una de esas gavetas que ustedes llaman pisos, he hecho una mansion á la americana, la he dispuesto y arreglado á mi modo, agregándole un jardincito. El arreglar asi las cuarenta mil casas de París, me ha llevado cerca de dos horas, pero no lo siento; usted es señor en su casa, de todas las libertades, la primera. De hoy en mas no tiene usted que sufrir á sus vecinos y tampoco los hará usted sufrir á ellos. Olor de cocina y de caballeriza, gritos de niños, de mujeres, y de niñeras, ladrido de perros, maullido de gatos y de pianos; todo ha concluido. Ya usted no es un número de una prision ó de un hospital, un arenque aprensado, usted es un hombre; usted tiene una familia y un hogar.

—Mi casa derribada! Estoy arruinado; ¿que ha hecho usted de mis inquilinos?

—Tranquílcese usted; ahí se encuentran, cada uno en una cómoda casita. Ahora son enfiténtas que le pagarán á usted su renta durante medio siglo, sin que cada tres años tengan ustedes necesidad de sorprenderse unos á otros ni de ver quien emplea mejores ardides. He colocado á su derecha al señor Leverd el especiero, hoy señor Green. El señor Petit, el banquero del primer piso, es ahora el señor Little, y no por eso deja de ser un gran personaje con sus millones. El señor Reynard, el abogado del segundo piso, llámase el señor procurador Fox y no perderá por eso ninguna de sus malicias. A su izquierda usted encontrará al bravo coronel Saint-Jean, convertido en *the gallant colonel Saint John*, con todos sus reumatismos; en fin al señor Rose el farmacéutico que no es ni menos importante ni menos majestuoso desde que se nombra señor Rose el boticario. En cuanto á usted, mi querido Lefevre, hé aquí que se ha convertido usted, por derecho de emigracion, en el señor doctor Smith, y miembro de la mas numerosa familia que haya salido del tronco anglo-sajon. Haga usted fortuna matando ó curando á sus clientes del nuevo mundo, que no han de faltarle primos.

Yo quise llamar: los ojos de mi terrible visitante me clavaron en mi lecho.

—A propósito, dijo riendo: usted ha de sorprenderse un poco al oír á su mujer, á sus hijos, á sus vecinos, hablar ingles y ganguear. Todos han dejado su memoria en el antiguo mundo, y ya no son sino Yankees de sangre pura. Admirable efecto del clima, observado ya por el principe de los *spirites*, el grande Hipócrates. Los perros ya no ladran cuando se aproximan al polo; el trigo, bajo el ecuador, no es mas que una estéril gramilla; un yankee en París creese que ha nacido gentil-hombre,

un francés en los Estados Unidos pierde el horror á la libertad. Por lo que á usted respecta, señor incrédulo, le he dejado tanto sus preocupaciones como sus recuerdos. Quiero que usted juzgue de mi poder con conocimiento de causa. Usted sabrá si Jonathan Dream es un *spirite*: está usted forrado en piel de americano, y no saldrá usted de ella sino cuando á mi me plazca.

—*But I cannot speak English*, exclamé [1], y me detuve bruscamente asombrado al ver que silbaba como un pájaro.

—No está mal, dijo el insoportable burlon. Antes de dos días usted confundirá *shall* y *will*, *these* y *those* con toda la facilidad y la gracia de un escocés. Adios, añadió levantándose, adios; me aguardan á media noche en la morada de la sultana favorita, en el harem de Constantinopla. A las dos es preciso que esté en Londres, y verá asomar el sol en Pekin. Último consejo: acuérdesse usted de que el sabio no se asombra de nada. Si usted ve á su derredor alguna estraña figura, no grite: el diablo! porque lo encerrarán á usted con nuestros *lunáticos*. Esto le molestaría en sus observaciones.

Yo me levanté sobresaltado. Tres puñados de fluido, recibidos en plena cara, me pusieron inmóvil y mudo. Entonces el traidor me saludó con una risa sardónica. Luego tomando un rayo de luna que penetraba en el aposento, hizo de él un cinto, pasó por la ventana y se desvaneció en el aire.

Espanto, magnetismo ó pesadilla, me sentí abrumado:

I'venni men così com'io morisse,  
E caddi, come corpo morto cade. \*

\* Me desvanecí como si me muriese, y caí como cae un cuerpo muerto.

DANTE.

*Inferno*, v. 141.

[1] Pero yo no se hablar inglés.

### CAPITULO III.

#### Zambo.

Cuando volví en mí, era de día. Mi hijo cantaba á toda voz el *Miserere* del *Trovatore*; mi hija, discípula de Thalberg, tocaba con un *brío* incomparable las variaciones de Sturm sobre una aria variada de Donner. A lo lejos, mi mujer reprendía á la niñera que le contestaba gritando. Nada había cambiado en mi pacífica morada. Las angustias de la noche no habían sido mas que una pesadilla; libre de esos terrores quiméricos, y según una dulce costumbre, podía soñar con los ojos abiertos esperando el almuerzo.

A las siete según el uso, el criado entró en mi aposento trayéndome el diario. Abrió la ventana, separó las persianas. El brillo del sol y la vivacidad del aire me causaron el efecto mas agradable. Volví la cabeza hacia el día; que horror! mis cabellos se herizaron y ni aun tuve fuerzas para gritar.

En frente de mí, sonriendo y bailando, estaba un negro con unos dientes como teclas de piano, y dos enormes labios rojos que le ocultaban la nariz y la barba. Enteramente vestido de blanco, como si hubiese temido no parecer bastante negro; el animal se acercaba á mí moviendo su crespada cabeza y revolviendo los ojos.

—El señor ha dormido bien, cantó; Zambo está muy contento.

Yo cerré los ojos para echar de mi esta pesadilla. El corazón me latía hasta casi romperme el pecho; cuando me atreví á mirar estaba solo.

En frente de mí, una serie de casitas, puestas en hilera como edificios de naipes, tres imprentas, seis diarios, carteles por todas partes, el agua desperdiciada desbordándose en los arroyos. En la calle, jente ocupada, silenciosa, corriendo con las manos en los bolsillos, sin duda para ocultar revolvers en ellos; ningun ruido, ningun grito, ningun paseante, nada de cigarros, nada de cafes y en cuanto alcanzaba mi vista ni un agente de policia, ni un jendarme. Todo estaba consumado! me hallaba en América, desconocido, solo, en un país sin gobierno, sin leyes, sin ejércitos, sin policia, en medio de un pueblo salvaje, violento, codicioso. Estaba perdido!

Mas abandonado, mas desolado que Robinson después de su naufragio, me arrojé en un sillón, que en el acto mismo se puso á bailar debajo de mí. Me levanté temblando y me busqué en el espejo ¡ay de mí! ni aun me encontraba ya.

En frente de mí estaba un hombre flaco, de frente calva, en la que se veían algunos cabellos rojos, de rostro descolorido, encerrado en un marco de patillas relumbrantes que revoloteaban hasta los hombros.

Hé ahí lo que la malicia de la suerte hacia de un parisiense de la Chaussée-d'Antin!

Yo estaba pálido, mis dientes crujían, el frío me penetraba hasta los huesos.

—Seamos hombres, exclamé; tengo una familia y el nombre francés que sostener. Es necesario que recupere sobre mis sentidos el imperio que se me escapa. La adversidad forma los héroes!

Quise llamar: no había campanilla; noté un botón de cobre que apreté al acaso. Zambo se presentó de repente, como uno de esos diablos que salen de una caja y saludan sacando la lengua.

—Fuego, grité, traeme fuego, quiero mucho fuego en la chimenea.

—El señor no tiene cerillos? dijo Zambo mostrándome un eslabón colocado encima de la chimenea. El señor no puede agacharse? añadió en tono irónico. Luego volviendo un resorte abajo de la chimenea y pasando un cerillo sobre el tronco de bronce, hizo brotar mil lenguas de fuego.

—¿Es tolerable, Dios mio, dijo al salir, incomodar á un pobre negro que está tomando el sol?

—Pueblo salvaje, murmuré yo aproximándome al fuego y reanimándome con su calor suave é igual; pueblo salvaje, que no tiene ni palas, ni pinzas, ni fuelles, ni carbon, ni humo; pueblo bárbaro, que no conoce ni aun el placer de atizar! Volver una llave para encender, apagar ó acomodar el fuego, es en efecto obra de una raza sin poesia, que nada acuerda á lo imprevisto, y que teme perder un minuto, porque el tiempo es dinero.

Así que me hube calentado, pensé en vestirme y lavarme. Delante de mí tenía una mesa de caoba recargada de cabezas de cisne de cobre y otros adornos de mal gusto, pero provista de esa loza inglesa que alegra tanto la

vista por la riqueza del color y del dibujo. Sobre esa mesa habia con profusion cepillos, esponjas, jabones, vinagres, pomadas, etc., pero de agua ni un gota. Apreté el boton, y Zambo entró con mas aspereza que la que mostró á la salida.

—Agua caliente y agua fria para mi lavatorio; pronto, estoy de prisa.

—Esto es ya demasiado, dijo Zambo. El señor no puede dar vuelta la llave del agua fria y la llave del agua caliente que estau en aquel rincon? Palabra de honor, que esto es como para despedirlo á uno: yo no puedo seguir sirviendo á un señor que no ve claro.

Y salió dándome con la puerta en las narices.

—Agua caliente á toda hora y por todas partes, es una cosa cómoda, dije para mi; pero esto es invencion de un pueblo que no piensa mas que en su *comfort*. A Dios gracias, nosotros no somos así; un siglo ó dos ha de pasar ántes que la noble Francia descienda á tanta investigacion de molicie, á un aseo tan afeminado.

Nada refresca las ideas como el hacerse la barba.

Despues de haberme afeitado, me hallé otro hombre; y aun empecé á reconciliarme con mi cara larga y con mis dientes delanteros.

—Si tomase un baño, díjeme, acabaria de calmarme podria arrostrar con mas valor la vista de mi mujer y de mis hijos. Ay de mi! quizas esten ménos cambiados que yo.

Toqué el resorte; Zambo volvió á aparecer con el semblante desfigurado.

—Amigo, le dije, ¿dónde hay un establecimiento de baños en la ciudad? Indícame el camino.

—Un establecimiento de baños, ¿para qué?

—Imbécil, le dije, estrañando su pregunta: naturalmente que para bañarse.

—El señor quiere tomar un baño, dijo Zambo mirándome con una sorpresa mezclada de espanto. Y es para eso que el señor me hace venir desde el extremo del jardin?

—Ciertamente que sí.

—Esto ya es demasiado, dijo el negro arrancándose un puñado de cabello. Cómo es esto! al lado de cada dormitorio hay una pieza para baño, y el señor hace subir á Zambo para decirle: "Amigo, donde puede uno bañarse?" No se puede burlar así á un americano.

Y empujando una pequeña puerta oculta bajo la tapiceria, el negro me hizo entrar en un elegante gabinete, donde habia un baño de mármol blanco.

—Vamos, Zambo, se dijo él con un tono furioso y cómico, vuelve la llave por el señor; llave de agua fria, llave de agua caliente; menea el baño; pon el lienzo á calentar, haz de nodriza, Zambo; el señor no sabe servirse por sus manos.

Y no tenia mas que callarme; dejé que Zambo diese suelta á su furia y no quise entender que me tiraba la lengua; pero por lo bajo maldije estas horribles casas americanas, moradas insociables, verdaderas prisiones de donde no se puede salir, pues encuéntrase en ellas á la mano todo cuanto en Paris tenemos el placer de ir á buscar fuera de nuestra casa, caramamente es verdad, pero muy lejos.

## CAPITULO IV

### At home.

Así que hube salido del baño y sin hallar en él la calma, descendí muy pensativo la escalera que conducia al piso bajo. ¿Qué habian hecho de mi casa? Bajo qué máscara iba yo á volver á ver á mi familia?

Entré en el comedor; no habia un alma; pasé al locutorio: nadie. Mientras tanto, yo miraba las dos piezas para habituarme al aspecto de mi nuevo alojamiento.

En el corredor, guarnecido de un tapiz, habia por todo adorno un viejo y pesado cofre de caoba, cargado de tasas de China y teteras de metal ingles, mas brillante que la plata. Enfrente de la alacena, tres grabados mediocres. En el medio, Penn tratando con los indios bajo el olmo de Shakamaxon; á la derecha, el retrato en pié de Washington con su caballo y su negro; á la izquierda, la imágen del soberano *pro tempore*, el honrado y anciano Abé, en otros términos, el honorable Abraham Lincoln, antiguo rajador de estacas, hoy presidente de los Estados Unidos.

—Hé ahí, exclamé, los jenios protectores de mi nuevo hogar, de un frances como yo, educado en el culto de la fuerza y del buen éxito! Un cuákeros pacífico, un general que, pudiendo ser emperador del nuevo mundo, se baja á quedar siendo el primer magistrado de un pueblo libre, un obrero hecho abogado á fuerza de trabajo y presidente de su pais por acaso, tales son los héroes de la América! En esta tierra medio salvaje, la moral de hombre del pueblo es tambien la de los grandes hombres. Qué se puede esperar de una nacion con tales preocupaciones? No ha de ser ella la que dé al mundo un César!

En el locutorio habia un piano de palisandro, una mesa escritorio cargada de papeles, una biblioteca llena de libros. Tres ó cuatro biblias figuraban allí en medio de las obras de Francis Quarles, de Bunyan, de Jeremy Taylor, de Law, de Jonathan Edwards, de Channing, jente muy honrada indudablemente, pero cuyos nombres leia yo por la primera vez. Me contenté con eso teniendo poco gusto por la teolojia, aun en las noches en que no puedo dormir.

Venian en seguida algunos historiadores ó moralistas, Franklin, Emerson, Marshall, Washington Irving, Prescott, Bancroft, Lothrop-Motley, Ticknor: luego algunos romances sérios y una serie de poetas ingleses, americanos, alemanes y hasta españoles. Y la Francia, dónde estaba? Ay! para representar la patria yo no hallaba mas que un Telémaco con la pronunciacion figurada, ó mas bien desfigurada en ingles. Y pensar que un dia, quizas para celebrar el cumple años de su padre, mi hija, mi querida Susana, me recitaria con sus preciosos labios: *Calepso ne povait se counsolére diou départe d'Ioulis!*

Despechado arrojé el libro y pasé al jardin: un pequeño rincon de tierra encerrado entre cuatro paredes adornados de yedra y madreselva; por todas partes se veian lilas, rosales, flores nuevas; en el fondo un pequeño invernadero y un quiosco chinesco, cómodo abrigo para tomar el té, fumar un cigarro ó mirar las estrellas.

*Continuará.*